

Ojos como cenizas
Memoria y fuga de la catástrofe

Piedad Solans

26. Temporal, 2025

Ojos como cenizas / 11

Berlín. Cristal y polvo / 15

Berlín-Buch. El humus de la ausencia / 263

Post Scriptum / 289

Agradecimientos, notas y apuntes bibliográficos / 295

Agradecimientos / 297

Notas / 299

Bibliografía seleccionada / 321

Documentación / 329

Berlín.
Cristal y polvo

Hubo un tiempo en el que el hombre moría con el cerebro machacado, y ese era el fin: pero ahora se alza con veinte heridas mortales en el cráneo y de nuestros asientos nos expulsa. Esto es más extraño que el crimen en sí mismo.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Macbeth*

Señor, haz crecer el bosque y los árboles. Los animales se están muriendo y la gente no tiene nada que comer. No tenemos nada que beber. No dejes que la hambruna venga o los animales morirán y nosotros los humanos moriremos. Por favor, que no venga la guerra. Que tus bendiciones caigan sobre todas las personas. Y que tampoco nos arrebaten a las personas. Que nuestras vidas sean felices. Y que no entre sangre en nuestra casa.

Cuaderno escolar perteneciente a un alumno
de seis años, Berlín, ca. 1955

Nuestro mundo contemporáneo está plagado de heridas del pasado. [...] los traumas resultantes de los peores momentos de la historia, como guerras, hambrunas y genocidios, han dejado cicatrices materiales e inma-

teriales que, como el miembro fantasma de una parte amputada del cuerpo, siguen ahí. [...]

Es esta proximidad permanente al mundo de los muertos la que nos exige escuchar sus llamadas. ¿De qué huellas son los muertos el nombre? ¿Qué preguntan estas huellas? ¿Por qué estos fantasmas mentales no están en paz?

KADER ATTIA, *The Field of Emotion*

1.

En Friedrichstraße, el fuerte viento agita un polvo que penetra en los ojos como minúsculos cristales. No es vulgar polvo cósmico formado por la desintegración de estrellas y planetas. El polvo de Berlín contiene escombros pulverizados, removidos por las palas de las excavadoras que escarban la tierra en los solares de Unter den Linden, arrancan adoquines o demuelen edificios en ruinas por los bombardeos de los aliados y la desidia soviética. Vuela el polvo en ráfagas veloces, penetra en los ojos como metralla, y al cerrar los párpados desnuda un paisaje imaginario de túneles subterráneos. Berlín es un yacimiento arqueológico cuyos estratos, en lugar de acumularse, se extienden en la superficie, un *assemblage* de fragmentos desarticulados, sin espesor. Columnas dóricas, estatuas ecuestres, monumentos, palacios, escalinatas y frontones conviven con casas perforadas por las balas, edificios de oficinas, pisos colmena, descampados, patios, fábricas y garajes desvencijados: los delirios imperiales del neoclasicismo con los residuos de la era comunista. Rugen los camiones y grúas rascando arena, cavando zanjas, depositando vigas y tuberías, amontonando cables, hierros y piedras, y en los andamios los obreros restauran las fachadas de bibliotecas, palacios, óperas y museos neoclásicos, destruyen la estructura del Palast der Republik y levantan rascacielos de cristal y acero para poderosas empresas bajo la firma de arquitectos deificados por el capital: Renzo Piano, Arata Isozaki, Frank Gehry, Jean Nouvel, Daniel Libeskind.

Un mundo sustituido por otro mundo.

Se derrumbaron los sueños del imperio del káiser Guillermo I, la utopía de una revolución proletaria y el nacionalsocialismo de un Tercer Reich que en su delirio arrastró a la catástrofe a millones de personas, cuyos fantasmas y cuerpos configuran los vestigios de la nueva ciudad. Una arqueología de la memoria en la que no es preciso excavar para expoliar restos, como hiciera Heinrich Schliemann con Troya y Micenas, ni conservar las momias en vitrinas. Dominada en vertical por la estatua dorada de una Victoria que celebra triunfos y derrotas de epopeyas guerreras, Berlín se extiende como monumento conmemorativo de una escombrera de la Historia, admirada por turistas que en espiral circulan hacia el cielo por la cúpula del Reichstag con vistas panorámicas de postal.

Bajo el oscuro follaje de los árboles del Tiergarten, cruces blancas, fotografías desvaídas, flores anónimas recuerdan a quienes fueron acibillados a tiros por la Stasi cuando saltaban el Muro o atravesaban a nado el río Spree huyendo de la RDA. Yacen cadáveres en la memoria sombría. Agua, ladrillo, sangre.

Hans Ravel. Nacido en 1942, asesinado el 1.1.1963

Axel Hannemann. Nacido en 1945, asesinado el 5.6.1962

Marienetta Jirkowski. Nacida en 1962, asesinada el 22.11.1980

¿Conmemorar? Nadie sabe nada. Caminan veloces los transeúntes y cruzan Alexanderplatz esquivando zanjas, boquetes, tranvías y coches, mientras las taladradoras marcan ritmos frenéticos, ajenas a las floraciones de los tilos y al repicar de campanas

de Marienkirche, en cuyo interior el fresco gótico de la *Danza de la muerte* se disuelve con las huellas de los siglos. La ciudad olvida. Entierra bajo el espesor del asfalto polvo de metralla, hueso, sangre seca.

Corta el viento los ojos como un finísimo cristal.

—*Nein!*

Nein?

—¡Ya no existe! ¡Es paranoia!

—¿No existe? ¿Dónde están los setenta y cinco millones de metros cúbicos de escombros de la guerra?

—Ya no están.

Polvo.

—¡Polvo invisible!

Al cerrar los párpados, el polvo irrita los ojos y en el sueño se convierte en nubes blancas que se disuelven al despertar.

* * *

Anochece en el cuadro de Caspar David Friedrich. Inmóviles desde 1840, un hombre y una mujer contemplan la luna sobre la que gravita una estrella. En la oscuridad del crepúsculo, el astro celeste emana una luz espectral, que perfila las ramas y raíces retorcidas de un árbol muerto. Testigos de una naturaleza impasible que presagiaba en su desolación las ruinas que desbordarían los paisajes del siglo xx, las figuras se sustraen a la actividad transformadora de la ciudad, contemplando los astros de espaldas al desvarío de la Historia. Silencio en la Alte Nationalgalerie, quebrado por el taconeo de los visitantes y por el sordo

bullicio de invitados en los regios salones del palacio de Sanssouci, iluminado por fastuosas lámparas de cristal en los lienzos de Adolph von Menzel. Bajo el peso de un cielo azul prusia avanza trémula la demoníaca procesión de Francisco de Goya, homúnculos extraviados en la materia negra de la tierra, mientras, estáticas en la luz, las pinturas de Caspar David Friedrich se suspenden etéreas en un resplandor ajeno a lo humano. Muertos los dioses, ¿qué permanece sino la vista panorámica del Absoluto, la belleza abismal de una naturaleza extraña? Helado el azul del cielo nocturno, majestuosas las montañas, vibra el ocaso en violetas

—*Achtung!!!*

y dorados disolviéndose en los reflejos del cristal.

—¡La distancia!

—*Bitte?*

—¡Mantenga la distancia!

¡Terrible mujer! Expulsa palabras como balas y sus ojos rajan como hielo. ¿Sobreviven estas mujeres todavía? ¿Siguen profiriendo órdenes? Observo la mirada desvaída, el ceño imperativo, la piel cetrina. ¿La conocí? No la recuerdo. Y, sin embargo, el rostro incoloro, ese tono de voz, los ojos gélidos evocan las palabras de Mercedes Núñez Targa, presa política del franquismo en 1939 en la cárcel de Ventas de Madrid: «Su mirada glacial produce un verdadero malestar físico. [...] es ajena a todo sentimiento; no hay en ella el menor rasgo humano. Es el frío e implacable enemigo político, organizado y meticuloso», escribió en *Cárcel de Ventas* (1967) sobre la directora de la cárcel, «una monja alemana, evidente agente de la Gestapo».

Hay que tener cuidado. Mantener, sí, la distancia. Adentrarse en los laberintos de la memoria es un acto que requiere cautela. En torno a la historia de Alemania se ha entramado una mitología trágica cuyas imágenes, proyectadas en el presente, producen monstruos. Es cierto que una parte de la población fue delatora, colaboradora, responsable con su silencio. Es cierto que, tras la guerra, numerosos nazis permanecieron ocultos o formaron parte de estructuras administrativas, hospitalarias, judiciales, policiales y educativas de Alemania. Y, sin embargo, hay zonas en las que no se debe entrar a la ligera. Su desconocimiento implica el riesgo de generar interpretaciones y asociaciones engañosas, de proyectar fantasmas. Son lugares ya borrados o irreconocibles a los que no es posible retornar.

—¿Por qué no olvidar?

—Olvidar que no tenía comida, que no tenía zapatos.

—Olvidar el frío, y que en Berlín no había árboles porque los cortábamos para calentarnos.

—Olvidar que mi madre y mi abuela desaparecieron en el *campo*.

—Olvidar que los alemanes se llevaron a todos los hombres del pueblo, les obligaron a cavar una fosa donde caer y los fusilaron.

—Olvidar que las mujeres en Polonia abortaban porque no querían tener hijos.

—Olvidar que tras la guerra mi abuelo fue denunciado a los rusos y murió de hambre en Sachsenhausen.

«Olvidar», expresa el silencio de los rostros.

* * *

¡Han pasado tantos años! Los jóvenes y turistas que beben y ríen en los Biergärten, contemplan los escaparates, pasean por los mercadillos y juegan o se tumban en la hierba de los parques y en las playas de los lagos a conversar, avanzan con la amnesia de un mundo nuevo, reconstruido por pantallas, tarjetas electrónicas, redes globales de circulación y una edificación multimillonaria de cristal y acero.

—Los jóvenes rehúsan la responsabilidad del pueblo alemán —dice Gerd Kleiner—. Es comprensible porque ellos no vivieron la historia, pero es también arriesgado porque implica negar la memoria, y por tanto rechazar la responsabilidad. Por otra parte, para ellos la reconstrucción de la memoria no es un discurso entre amigos, es un discurso de los medios de comunicación, y la gente se niega a aceptar una vida que no forma parte de su vida.

La memoria es invisible, aunque su peso es insuportable en una cotidianidad que exige una energía extraída de la permanencia de la muerte. ¿Olvidar? Ni siquiera recuerdan. En una exposición de carteles políticos de los años treinta en el Zeughaus, un grupo de estudiantes ve una película del NSDAP cuyas imágenes exaltan los valores sublimes del trabajo, la técnica, el deporte y la belleza aria. «¿Es un documental de propaganda nazi?». Se miran extrañados. Silencio. Martillea metálica la voz en off, que exalta la *Volksgemeinschaft* o comunidad del pueblo alemán, una sociedad racialmente unificada y ordenada en

jerarquías y en la doctrina del «*Blut und Boden*» (sangre y tierra), sublimada en las imágenes de paisajes industriales, en los rubios cuerpos musculados y en la naturaleza romántica del nuevo mundo. «No lo sé, no lo sé».

Y, sin embargo, *sabemos*. Sabemos que en la exultante narración y en las imágenes grisáceas, desvaídas, subyace un hecho monstruoso. ¿Es posible resignificar una historia cuya locura desborda la razón o ha sido silenciada en la memoria colectiva? El inconsciente no vive linealmente el tiempo ni se elabora con la cronología del reloj. El olvido no se erosiona con el tránsito de los siglos, como se desgastan los ojos nublados de Hans Ravel, Axel Hannemann o Marienetta Jirkowski en el papel de las fotografías. Olvidar *aquí* supone la supresión de una experiencia cuya violencia desborda su asimilación. Olvidar, *aquí*, es omitir el crimen. Afirmar que no sucedió.

—Olvidar el dolor.

¿Olvidar la ignominia?

—*Nein!*

* * *

—España e Inglaterra aniquilaron a un pueblo en América —exclama una voz airada—. Holandeses, belgas, ingleses y portugueses explotaron y esclavizaron India y África. ¿Y el colonialismo francés y español en Marruecos, el pueblo bereber asesinado por los bombardeos del Rif? Los holandeses en Sudáfrica, los belgas en el Congo, los ingleses en Australia y Estados Unidos, los japoneses en China, los franceses en Indochina, los

norteamericanos en Vietnam, Rusia en Ucrania, Israel en Líbano y Palestina, todos los países cometieron genocidios y crímenes horribles contra las poblaciones! ¿Y la guerra provocada por un golpe militar en España? Aún hay cadáveres de personas fusiladas sin desenterrar.

Es cierto: la historia de esclavitud, explotación y exclusión se remonta más allá del colonialismo europeo. La conquista de tierras, el expolio de bienes, la apropiación de recursos, la esclavización y el tráfico de personas requirió contabilidad, militarización, jurisprudencia, organización y una «justificación moral» avalada por la religión, por principios políticos y por la propia ciencia. Desde finales del siglo XIX, el imperialismo adoptó las ideas de la inferioridad racial y la eugenesia, derivadas de las teorías de Charles Darwin sobre la evolución y selección de las especies, que se traducirían en un darwinismo social, desarrollado por biólogos, médicos, antropólogos y fisiólogos británicos, alemanes, estadounidenses o italianos como Sir Francis Galton, T. L. W. Bischoff, Leonard Darwin o el criminólogo Cesare Lombroso, cuyas investigaciones en cárceles y manicomios incidieron en las acciones policiales y judiciales a finales del siglo XIX y principios del XX.

En 1890, se fundó un laboratorio de investigación genética cerca de Nueva York. El logo de la eugenesia era un gran árbol con raíces y ramas. En cada raíz se inscribía el nombre de una ciencia: «Eugenesia es la dirección propia de la evolución humana. Como un árbol, saca sus materiales de muchas fuentes y los organiza en una unidad armónica». Su objetivo era

aplicar medidas selectivas de «mejora» de la raza, eliminando o esterilizando a quienes se consideraba «degenerados» o un peligro para la sociedad: personas enfermas física y mentalmente, criminales, prostitutas, «inmorales», inmigrantes indeseados. La propia pobreza se concebía como «degeneración». ¿Quién financiaba estos «programas»? En una carta firmada por Theodore Roosevelt en 1913 dirigida al biólogo eugenista Charles B. Davenport, el estadista escribe: «Concuerdo con usted si lo que quiere decir, como supongo, es que la sociedad no tiene por qué permitir que los degenerados se reproduzcan».

En 1906 se creó la Fundación para la Mejora de la Raza en Battle Creek, Michigan, y en 1911 la Eugenics Record Office (Oficina de Registro de Eugenesia) en Cold Spring Harbor (Nueva York), «legalmente» avalada por jueces y por el presidente de Estados Unidos de América. Ante la polémica social y legal que desataron ciertos casos, el juez Oliver Wendell Holmes Jr. emitió un veredicto en 1927: «Es mejor para todo el mundo si, en vez de esperar para ejecutar a los descendientes degenerados por algún crimen o dejar que se mueran de hambre por su imbecilidad, la sociedad puede prevenir que aquellos que son manifiestamente ineptos se reproduzcan. El principio que sostiene la vacunación obligatoria es suficientemente amplio para cubrir el corte de las trompas de Falopio. [...] Tres generaciones de imbéciles son suficientes». Se alega que los padres seleccionados tendrán mejores hijos, por lo que se promueve esterilizar a personas con «debilidad mental, epilepsia, criminalidad, alcoholismo, enfermedad, pauperismo y muchas otras que

circulan en familias y se heredan exactamente como el color en los conejillos de Indias».

El nazismo aplicó, sin límites éticos, políticos o legales, un método de ingeniería social formulado en el núcleo del colonialismo, la biología, la tecnología genética y la medicina desde el siglo XIX. Mitificadas por ideólogos nazis antisemitas como Alfred Rosenberg en *Der Mythos des 20. Jahrhunderts* (1930), quien, siguiendo teorías evolucionistas, inculcaría que «el crecimiento salvaje del número de enfermos mentales y de idiotas es el resultado de la selección antinatural y de un humanismo equivocado», se asentaron las bases «científicas» del Estado nacionalsocialista y de la «normalidad» natural, moral, racial, económica y social. «Estamos convencidos de que las leyes eternas de la naturaleza son apropiadas para la conservación de los sanos y no de los enfermos y de que la intención de alimentar a un enfermo a cuenta de un sano va en contra de todas las leyes de la naturaleza y del sentir moral alemán». La maquinaria técnica y burocrática para la consecución a gran escala de este proyecto fue implementada en el programa Aktion T4, una industria de exterminio organizada bajo el lema *Lebensunwertes Leben* (vida indigna de ser vivida): personas discapacitadas, vagabundas, judías, gitanas, homosexuales, testigos de Jehová o consideradas una amenaza para el Estado y la «pureza» de la raza aria. «En la vida humana no puede tratarse de mejorar artificialmente lo malo subsistente [...], sino por el contrario debe procurarse asegurar bases más sanas para un ciclo de desarrollo venidero», según escribió Adolf Hitler en *Mein Kampf* en 1925.

La Ley para la Protección de la Sangre y del Honor Germanos fue presentada en el Reichsparteitag der Freiheit de Núremberg el 15 de septiembre de 1935, y firmada por el Führer y canciller del Reich Adolf Hitler, el Reichsminister del Interior Frick, el Reichsminister de Justicia Dr. Gürtner y el lugarteniente del Führer R. Hess: «Impregnado de la comprensión de que la pureza de la sangre germana es un requisito previo para la existencia continua del pueblo germano, e inspirado por la voluntad inflexible de proteger a la nación germana en tiempos venideros, el Reichstag ha aprobado por unanimidad la siguiente ley [...]: 1) Se prohíben los matrimonios entre judíos y germanos o familiares sanguíneos [...] 2) Se prohíben las relaciones extramaritales entre judíos germanos o familiares sanguíneos. 3) Los judíos no pueden emplear en sus hogares mujeres germanas o familiares sanguíneos menores de cuarenta y cinco años [...]». En una circular emitida por el *Reichsführer* y jefe de Policía, Heinrich Himmler, en diciembre de 1938, se comunica la «cuestión gitana» como una «peste gitana»: «1) Las experiencias recogidas hasta el momento en la lucha contra la peste gitana, y los conocimientos aportados por la investigación biológico-racial, hacen parecer recomendable tener en cuenta la naturaleza de la raza a la hora de abordar la solución de la cuestión gitana. [...] 3) Por lo tanto, ordeno que todos los gitanos, sedentarios o no, así como las personas que deambulan al estilo gitano, deben ser detenidos por la Oficina de la Policía Criminal del Reich». La orden la firmaba la Administración Central del Reich para Combatir la Maldad Gitana.

La esterilización y el asesinato de personas ancianas, de niñas y niños y de pacientes con enfermedades o discapacidades físicas y mentales era un proyecto de Estado. Con la autorización de Hitler, «médicos especialmente señalados» podían realizar «asesinatos piadosos» en personas consideradas «incurables». Desde los hospitales, los pacientes eran conducidos a centros de exterminio donde se los asesinaba con veneno, administrado mediante inyecciones letales o en forma de gas. Ante los requerimientos, cursados por los familiares de las víctimas, de informes sobre el diagnóstico y la causa de muerte, la administración respondía con notificaciones falsas: «Nuestras investigaciones demuestran que Hedwig Biniakowski, nacida el 11.10.21 en Nakel, sobre quien ustedes preguntan, fue trasferida por razones organizativas al Sanatorio Regional de Kostem en diciembre de 1939. En Kostem, sin embargo, pronto cayó enferma de gripe y su estado empeoró hasta que murió de neumonía el 25.1.40. Adjunto el certificado médico de defunción. En nombre del Dr. Friemert».

La técnica de los experimentos con monóxido de carbono realizados en «vehículos especiales» precedería a las cámaras de gas en los campos de exterminio. La *Endlösung*, o «solución final», sería concebida y registrada gubernamentalmente para esclavizar y exterminar a millones de personas en fábricas de producción de muerte. La combinación de racismo y crueldad, administración, contabilidad y racionalismo técnico, apoyados en la mentira, se concretó a gran escala en pocos años en las fosas, las

cámaras de gas y los hornos crematorios donde día a día se calcinaban miles de cuerpos.

Notas del teniente coronel (*Obersturmbannführer*) de las SS Walther Rauff, jefe de la División II D (Asuntos Técnicos), Oficina Central de Seguridad del Reich, sobre «alteraciones técnicas a los furgones especiales actualmente en uso y en construcción», 5 de junio de 1942.

[...] Desde diciembre de 1941, por ejemplo, han sido procesados 97.000 con tres furgones, sin que aparezca ningún defecto en los vehículos. [...]

Nuestras experiencias hasta la fecha nos permiten recomendar las siguientes alteraciones técnicas:

1) Para permitir un rápido flujo de CO sin sobrecarga de presión, deben practicarse dos ranuras de 10 x 1 cm en la pared trasera. [...]

2) La carga de los furgones suele ser de 9 o 10 unidades por m². La mayor capacidad de los furgones especiales Saurer no se puede utilizar para estos fines. El problema no es de sobrecarga, sino de maniobrabilidad. Parece necesaria una reducción del espacio de carga.

El sistema de iluminación debe estar mejor protegido contra la destrucción. [...] Cuando la puerta trasera se cierra y sigue la oscuridad, la carga siempre ejerce una fuerte presión contra la puerta. [...] El motivo es que cuando oscurece en el interior la carga se vence hacia la escasa luz que queda. Esto hace que sea difícil atrancar la puerta. También se ha observado que el ruido resultante, probablemente relacionado con la sorpresa que causa la oscuridad, siempre comienza cuando la puerta se cierra. Por lo tanto, es aconsejable mantener la luz encendida antes y durante los primeros minutos de funcionamiento.

Informes sobre el estado de los vehículos. Alteraciones, deterioro y mejora de la «eficacia». Reparto adecuado del *ruido*, del *peso* y de la *presión* de la *carga*. Las palabras «persona, cuerpo, grito, voz, dolor, pánico, asesinato» son sustituidas por datos, números, recomendaciones funcionales y descripciones técnicas. Eufemismos: motivos «compasivos», «pureza de sangre», «higiene racial», «lastre de la existencia», «plagas sociales».

«Lamentamos comunicarle que su -----, que recientemente fue transferido a nuestra institución por orden ministerial, falleció inesperadamente el --- del ---. Todos nuestros esfuerzos médicos por impedirlo resultaron inútiles. A la vista de su grave e incurable dolencia, su muerte, que le ha librado de un internamiento de por vida en una institución asistencial, debe ser considerada una liberación. Dado el peligro de contagio existente aquí, nos vemos obligados por orden de la policía a proceder de inmediato a la cremación del cadáver», rezaba la carta impresa que recibían las familias para comunicarles legalmente el fallecimiento de la víctima. Razones utilitarias, procesos organizativos: la frialdad funcional de los verdugos contrasta brutalmente con la magnitud del daño mental y corporal infligido —ejercicio laboral por obligación administrativa— a las víctimas.

* * *

Lo más inquietante de la belleza neorromántica del documental nacionalsocialista en el Zeughaus es que

exalta la razón tecno-científica y el concepto *saludable* y *étnico* de nación cuya imposición destruyó a la antigua Europa. Lo escribió así Adolf Hitler en *Mein Kampf*: «Es la raza, y no el Estado, lo que constituye la condición previa de una sociedad humana superior». Los fotomontajes de Erwin Blumenfeld y John Heartfield, lanzados desde el aire por aviones norteamericanos como propaganda antinazi sobre Alemania, en los que aparecía el rostro de Hitler superpuesto a una calavera con la cruz gamada, no eran una metáfora: en el hueco de esos ojos se abismaba un horror cuya magnitud conmocionó el sentido de lo «humano». «No hay más ley que la voluntad del Führer», sentenció Hitler. Cancelada la ley, el terror cuyo goce había sido ensalzado por Sade, Sacher-Masoch y la guillotina en el período jacobino de la Revolución francesa se extendió incontrolable en la Europa del nazismo, rompiendo los diques simbólicos de la nación y de la raza. Que la razón burguesa e ilustrada no tuviera capacidad para encauzar la «irracionalidad asesina» y el dominio destructivo de las ideologías totalitarias supuso la quiebra de siglos de sublimación de la cultura europea y su naufragio en la angustia existencialista y en las derivas de una posmodernidad incapaz de recuperar la confianza en el pensamiento. Al igual que la máquina que Franz Kafka describiera en *En la colonia penitenciaria*, la escritura del poder autoritario fue grabada a sangre, gas y fuego en los cuerpos de las víctimas, inscribiendo la atrocidad del verbo para estupefacción de un mundo que ya no podía idealizar al «hombre». A partir del *Lager* se abrieron las compuertas de un inframundo donde ley y cultura eran

destrozadas, reducidas a cenizas, a nubes de humo, a nada. En el campo de exterminio, como escribió Imre Kertész en *Yo, otro* (2010), el orden de lo real se hacía pedazos: «El mundo se destruye desde muy adentro, desde mucho más adentro de lo que es capaz de concebir la historia, sea con la razón, sea con la ciencia».

¿Son las huellas de un mundo destruido lo que pretenden borrar viejos y nuevos habitantes, el «*Nein!*» al horror, con el fin de edificar el suelo de la vida? ¿Es la violencia de la metralla lo que intentan cubrir las capas de restauración en las fachadas de palacios, museos y viviendas? ¿Son los trayectos de la memoria los que se derriban con la demolición del Palast der Republik de la extinta RDA, levantando en su lugar una empresa cultural con el armazón del Palacio Real de los Hohenzollern, antigua sede de la monarquía prusiana, que, devastado por los bombardeos en la Segunda Guerra Mundial, fue dinamitado por simbolizar una dinastía depravada y ser considerado «basura de la historia» por la élite del Partido Comunista?

Olvidar es borrar huellas inscritas en la ciudad, marcas en las piedras.

—Destruyen unos edificios para construir otros.

Imperios sustituyen a imperios.

—¡Eliminan la belleza del escombros!

¿Quién puede vivir entre escombros?

—¡En esta ciudad hay algo tan inquietante!

Las ruinas desaparecen bajo el cemento. Los escombros se pulverizan.

—Restauran y reconstruyen edificios, pero en las aceras las placas conmemorativas recuerdan los asesinatos.

Davoser Straße 12A, Schmargendorf. El bronce reluce entre los adoquines grises. Las hojas de otoño cubren lugares, fechas, nombres.

AQUÍ VIVIÓ
FRIEDA LINDNER
DE NACIMIENTO SÜSSMAN
A. DE. N. 1900
ANTES DE LA DEPORTACIÓN
HUYÓ A LA MUERTE
19.4.1944

Fueron a buscarla. ¿Quién la defendió? Alguien, junto a la placa, dejó una rosa. ¿Saben quién fue?, «*Keine Ahnung!*», «No lo sé», «Fue hace muchos años, durante la guerra», «Me lo contaron hace tiempo, pero lo he olvidado», «No, la familia ya no vive aquí», «No lo sé», «No lo sé», responden.

Droysenstraße, 7 y 8, Charlottenburg. La lluvia anega las inscripciones. Auschwitz, Theresienstadt, Sachsenhausen, Riga, Treblinka. Aquí vivieron

PAULA SCHLESINGER JULIUS SCHLESINGER
MAGDALENE STERNFELD
SELMA STERNFELD LEISER SOBEL
LEJA SOBEL HENRIETTE MARKUS CLARA PLESSNER
ERNA GUMPEL JOAHANNA STEUERN
HILDEGARD RUND
ELSE JACOBSONH SIEGFRIED FELDBLUM

Oranienburg, 46-47. Las mismas fechas. Los nombres. Las deportaciones: 3.10.1942 / 9.10.1942.

Theresienstadt. Familias enteras. Deportadas, asesinadas. Auschwitz: 2.3.1943 / 3.3.1942. ¿Quiénes fueron?

ERNST JACOBY ERNESTINE JACOBY
WOLFGANG JACOBY LIESELOTTE JACOBY

¿Recordar? Apenas quedan testigos. Heredamos una memoria que subsiste en el polvo. En nombres —Leiser, Leja, Else, Paula, Wolfgang, Lieselotte, Julius, Magdalene— desconocidos. Frieda Lindner se encuentra cada día en la acera. Ernestine Jacoby, en el restaurante junto a su portal. Es imposible olvidar, no solo porque la documentación y los monumentos nos lo recuerden, sino porque los muertos nunca mueren del todo. Se levantan, dijo Macbeth, mirando al vacío, con veinte heridas mortales en el cráneo, y nos expulsan de la seguridad de vivir. ¿No hemos muerto nosotros?, susurran. ¿No estuvimos vivos? Ni siquiera quienes resistieron, guardianes de la conciencia colectiva, como Tadeusz Borowski, Jean Améry, Paul Celan o Primo Levi, lograron convivir con una memoria tatuada en el cuerpo con números de sangre. Los muertos no olvidan: retornan desde la escritura y nos perturban con sus palabras. «Obsérvalo todo con detenimiento y no desfallezcas cuando te sientas mal. Porque quizás nuestra misión sea informar al mundo de lo que pasa en este campo, [...] y defender a los muertos», escribe Borowski, superviviente y testigo del campo, antes de suicidarse inhalando gas en la cocina de su casa de Varsovia, en 1951. ¿Qué sabemos de los límites de lo insoportable, de las cicatrices del dolor; de la vulnerabilidad de los

afectos, de la trama de humillación, odio y locura que en víctimas y verdugos urde la tortura? No se cierran las heridas. Se anestesian. Pierden densidad. Se hacen menos descarnadas. Sin embargo, el recuerdo se vuelve más retráctil, más profundo. Las miradas, más ausentes. Enterrados o incinerados, los cuerpos nunca mueren del todo, son palabra, polvo, nubes de humo en la invisibilidad de la memoria. Tatuajes en la piel de un cuerpo colectivo que no pueden borrarse.

* * *

—*Achtung!!*

Los ojos de hielo vigilan que no cruce la línea. No cedo a la atracción de confrontarlos. Hay una ira que creció con la memoria de las víctimas, transmitida por narraciones, imágenes, voces: el apaleamiento de un anciano, la ejecución de un hombre, la violación de una mujer, los *Desastres de la guerra* de Francisco de Goya repetidos en cada muro, en cada fosa, en cada tapia de cementerio. Una ira que creció frente a los ojos de niñas y niños judíos, miradas de una antiquísima tristeza ensombrecida por la muerte. Tenían rostros, manos, ojos. Resuenan las palabras de Mercedes Núñez en el campo de concentración de Ravensbrück, donde fue deportada por la Gestapo desde París: «Durante el *Appell*, los niños tienen que quedarse inmóviles, como nosotras, durante horas y horas. Espantados por los gritos, los empujones y los maltratos, aquellos pequeños ya han aprendido a no mover ni un pie ni una mano y a no llorar, aunque tengan hambre, miedo o frío. ¿Saben lo que les

espera bien pronto, lo adivinan? Recordando la tristeza profunda de sus ojos, unos ojos de adulto que te traspasan, yo pienso que sí. El recuerdo de aquellos niños judíos es como una herida permanente, nunca curada». Con ira respondería a esta vigilante de ojos helados y palabras como mordeduras, sin saber quién es.

Achtung! Hay que tener cuidado. Situarse en lo que sucede. No cruzar los márgenes de la realidad. Y, sin embargo, lo real se forma en el cruce de tantos registros imaginarios!

Permanecen inmóviles las figuras de Caspar David Friedrich, contemplando la luna de espaldas a Berlín. El atardecer dorado iluminando la tierra, comprimido por los límites del marco, cuelga de la pared. En Unter den Linden, los jóvenes ríen bajo el cielo azul, conversan en la hierba, leen y estudian al pie de las escalinatas, beben cerveza, se calientan al sol. En la rotonda y la columnata de estilo jónico del Altes Museum, proyectada por Karl Friedrich Schinkel, se disponen circularmente las copias de estatuas de dioses griegos. ¿Subsisten todavía? Depósito de fantasmas, los ojos de mármol de las esculturas contemplan la nada más allá del tiempo.